

Antología de Córdoba

LA CANCION DEL JINETE

Córdoba,
Lejana y sola.
Jaca negra, luna grande,
y aceitunas en mi alforja.
Aunque sepa los caminos,
yo nunca llegaré a Córdoba.
Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja.
La muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.
¡Ay que camino tan largo!
¡Ay mi jaca valerosa!
¡Ay que la muerte me espera
antes de llegar a Córdoba!
Córdoba,
Lejana y sola.

Federico García Lorca.

CORDOBA

Es tan estremecida esta agonía
de la piedra dorada vieja y dura,
basa, columna, arcada, crestería,
que el río se remansa en escultura.

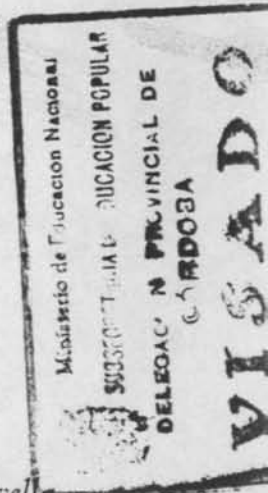
Y cada torre es una melodía
en el fondo del agua que fulgura,
fina randa y encaje, platería
de una Córdoba espejo de hermosura.

Para morir bajad a la ribera,
recién nacida Córdoba, en su frágua
fríos puñales forja traicionera.

Cada arquería rota flor del agua,
cada columna líquida palmera,
y el sol de julio muerto en su piragua.

Celia Viñas Olivella

(Catedrático de Literatura en el Instituto de Almería,
natural de Mallorca). «Mediterráneo», Valencia, 1944.



JUICIOS SOBRE SOMBRAS ILUSTRES

Lucano.—Contra todas las leyes del género, según la poética antigua, Lucano termina un poema épico con un final trágico. Lucano era español.

Séneca.—«Torero de la virtud» le llamó Nietzsche.

¿Torero?. ¿Por qué?. Los toreros ejecutan y no declaman. Mas pronto declaman los *semitoreros*, los aficionados. Más que el torero, Séneca es el *flamenco* de la virtud...

En cierto sentido cumple lo contrario de Sócrates. Sócrates: la ciencia suprema, sobriamente vestida de superficial afición a la virtud, pomposamente disfrazada de virtud.

Tan pomposamente que Séneca, en compañía de Lucano, y con dieciseis siglos de anticipación, inventa un barroquismo,

Gonzalo Fernández de Córdoba.—(Lápida).

FLOR DE ANDALUCIA
GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA
GRAN CAPITÁN
QUE NO FUÉ CONDOTIERO
Y SIRVIÓ
A UN SOLO SEÑOR
PORQUE ESTE SEÑOR
FUÉ PARA ÉL
VIVA O MUERTA
UNA REINA
UNA DAMA

Vidas paralelas: Monteverde, Góngora.—Dos barrocos de la vanguardia. En ellos, la pasión rompe las formas. El barroquismo es el primer romanticismo. Es la interjección romántica, no articulada todavía.

Valera.—La *materia* de Juan Valera es el oro, esto no pasa de moda.

Así y todo, separaríamos hoy de las páginas de Valera unas cuantas en las que la inteligencia es demasiado pueril, o la malicia demasiado senil.

El resto revelaría sobre todo a un supremo artista... Creo sinceramente que nunca, como bajo la pluma de este hombre, ha recibido el castellano sonidos tan puros. Los clásicos del XVII son, seguramente, más sabrosos; más puros, no.

Sin programa ideológico que lo declarase—o con programa

solo a medias revelado—, Juan Valera ha sido el primero, el único esteticista castellano del XIX.

Precisamente le aisló el esteticismo. Ponderado como *castizo*, es, en el fondo, el escritor menos nacional posible.

Sólo él y «Clarín», en su tiempo, abrieron a la cultura perspectivas ultramontanas y amplias (a fin de siglo, después de tantas revoluciones, repúblicas y ateneos, había en la literatura castellana evidentemente menos europeidad que al principiar el siglo). Sólo él y «Clarín». Pero «Clarín» no pasaba de ser—relativamente—un *informado*. Valera era ya un *Weltbürger*.

Recuerdo, a propósito de su esteticismo, que yo le conocí ya bastante ciego. El día de la presentación me regaló una nueva edición de uno de sus libros, que acababa de publicarse: *Garuda o la cigüeña blanca*.

—Me atormenta, —me dijo— haber tenido la debilidad de ceder a los ruegos de un sobrino mío (el escultor Couillaut Valera), que ha querido poner ilustraciones al libro. Tengo miedo de que habrá dibujado figuras muy poco elegantes. A usted, con toda sinceridad, ¿qué le parece?

Creí que debía la sinceridad al ciego y al artista. Mentir a un ciego es mentir dos veces.

—Me parecen detestables.

El suspiro de Juan Valera en aquel instante hizo valía por un clarísimo credo vital y filosófico.

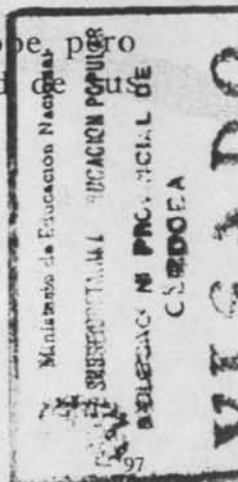
(De Eugenio D'Ors, «El Valle de Josafat», Espasa-Calpe, Madrid-Buenos Aires, 1944).

CITAS DE ARTE EN EL TEATRO DE LOPE DE VEGA

Por José Camon Aznar, «Revista de Ideas Estéticas», Madrid, enero-marzo, 1945.

«A la Mezquita de Córdoba se refiere algunas veces Lope, pero sin descubrirla, ni hacer más alusiones que a la multitud de columnas.

Arfel. Mandóme regalar aquella noche
y que por la mañana me enseñasen
las Grandezas de Córdoba y sus muros;
ví, no sin copias de profundas lágrimas,
nuestra Mezquita y sus trescientos mármoles
donde puso el famoso Rey del Africa
las campanas del templo de Santiago;



ví las despensas, ví los caballeros,
las máquinas de guerra y los caballos.

(El bidalgo Bencerraje)

Palabra yo doy de hacer
un templo en este lugar
que al mayor pueda igualar;
si Dios me diere poder,
no la Mezquita del moro
que tantas columnas tiene.

(El Conde Fernán-González)

Este ha de ser el que pasando a España
en Córdoba renueve la Mezquita.

(La desdichada Estefanía)

El que llevó sus campanas
por afrenta o por despojos
y las puso en su Mezquita
de su profeta engañoso;
y entre mármoles que igualan
del año los días todos...

(Los Benavides)

Tello, los moros están
de temor y espanto llenos
de lo que en Córdoba hice
sus murallas conquistando.

(El galán de la Membrilla)

Ya, gran señor, que habéis puesto
los castillos y leones
sobre los muros soberbios
de Córdoba, y derribado
del Africano el intento.

(El galán de la Membrilla)

CORDOBA

Bajo la dominación árabe, Córdoba tenía 400 mezquitas mayores (aljamas), número que después se elevó hasta 600, y 3.837 mezquitas de orden inferior (zauías); 4.300 minaretes, desde los cuales era llamado el pueblo a la oración; 900 baños públicos;

80.455 tiendas; 218.700 mansiones particulares, y 57.000 alcázares o palacios.

La ciudad, rodeada de 28 arrabales, se extendía por las dos orillas del Guadalquivir en una longitud de ocho leguas. Sus calles estaban pavimentadas y regadas sin cesar con aguas recogidas de la Sierra, las cuales se distribuían por el interior de las casas, que se conservaban en constante frescor. Córdoba gozaba de ingresos por valor de 2.000.000 de dinares (26.000.000 de pesetas) y mandaba en 84 grandes ciudades, 300 de segundo orden, y 12.000 pueblos.

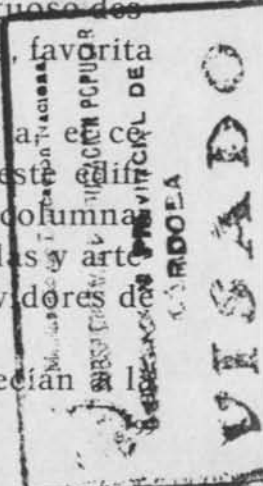
El monumento más importante, que en nuestros días sigue llamando la atención, es la magnífica Mezquita construida por Abderrahman en 770, la cual, después de haber sido el principal templo del islamismo en Occidente, fué convertida en el siglo XIII en iglesia cristiana y convertida en Catedral de la ciudad.

El edificio es un cuadrado de 440 pies de ancho por 620 de largo. Tiene once naves grandes, dirigidas de norte a sur, partiendo de un patio cuadrado, en medio del cual se elevaba una fuente que servía para las abluciones. Este patio, rodeado de galerías, estaba plantado de laureles y palmeras. Otras treinta y tres naves más pequeñas atraviesan las primeras en ángulo recto, formando un vasto bosque de columnas cuyo número total se elevaba a 1.093. Puede comprenderse el grandioso efecto de esta multitud de naves, de este bosque de columnas de mármol, entre las cuales se pierde la vista, especialmente cuando este laberinto, resplandeciente con los más vivos colores, aparecía alumbrado por 4.600 lámparas.

Como si quisiera anular esta maravilla de la arquitectura, Abderrahman III mandó construir el año 936, a cinco millas de Córdoba, la ciudad de Medina al Zahra, no lejos del Guadalquivir, en el centro de la cual se levantaba el alcázar o palacio suntuoso destinado a alojar un prodigio de belleza, la hermosa Zahra, favorita del Califa.

Los mármoles más preciados, el oro, el marfil, la plata, el cobre, el ébano, fueron prodigados en la construcción de este edificio. El historiador Aben Hayán asegura que había 4.300 columnas de mármol de diversos tamaños para sostener las bóvedas y arcos sonados de este palacio, en el cual circulaban 13.780 servidores de día y noche en el desempeño de diversas funciones.

Alrededor del alcázar había grandes jardines que ofrecían la



vez bosquecillos de árboles frutales y penumbras de mirtos y laureles rodeando inmensas albercas. En el centro de los jardines se elevaba en terraza el pabellón del Califa, sostenido por columnas de mármol blanco, con capiteles dorados. En el centro de este pabellón había una gran fuente de pórvido llena de plata viva (mercurio o azogue), que a favor de un ingenioso mecanismo surtía constantemente, reflejando los rayos del sol de modo desvanecedor.

Las ciencias y las letras no eran extranjeras en esta inmensa prosperidad material. Los Omiadas, siguiendo el ejemplo del califa Almamum, fomentaron vigorosamente el progreso de los conocimientos humanos, establecieron escuelas en casi todas las mezquitas, hicieron componer tratados y enciclopedias y formaron 70 bibliotecas en las principales ciudades de sus dominios, recogiendo en la suya propia 600.000 volúmenes, y tal fué el desarrollo de la inteligencia y el espíritu de investigación en esta época, en que toda Europa estaba sumida casi en la barbarie, que, en 1126, los musulmanes reunían 150 autores distinguidos en Córdoba, 76 en Murcia, 53 en Málaga, 52 en Almería, etc., etc. Los árabes fueron, por decirlo así, los creadores de la química; se les debe los primeros ensayos de la litotricia, reanimaron la luz de la medicina casi extinguida en Occidente, y merced a las escuelas de Córdoba y Toledo atrajeron a estas ciudades gran número de sabios de todos los países de Europa, a la vez que los preceptos de Auicena, de Rasis, de Averroes y de Albucasis eran aplicados en la práctica por doquier.

Raymond.

DESCRIPCIÓN DE CÓRDOBA

Dice uno de los sabios: «En cuanto a Kortoba, ella es capital del Andaluç, centro y provincia mas importante, metropolis de sus ciudades, residencia del califa y casa del imperio (corte) en el cristianismo y en el Içlam; ciudad de ciencia y vivienda de la çunna (ley) y de la iglesia musulmana. Es ciudad grande y el tiempo de su edificación es de los primeros. Es excelente el agua y la atmósfera muy ingeniosa en ella; los jardines y olivares, alquerías y castillos, los pozos y los manantiales, la rodean por todas partes y el terreno labrado es tan extenso en ella, que no hay en todo el Andaluç territorio semejante a él, y parece se ha reconcentrado en él la bendición de Alláh».

Y dice otro autor: «Y el perímetro de Medinat Kortoba mide treinta mil codos». Diciendo otro: «Ciertamente, la dimensión del recinto amurallado de ella, exeptuando los arrabales, mide a lo largo, de mediodía hacia el Norte, mil y seiscientos codos, continuándose la población en los días de los Beni Omeyyas, ocho parasangas a lo largo y dos a lo ancho, esto es de millas, cuatro y veinte en largo y en ancho seis; y todo esto, casas, alkasares, mezquitas y jardines, apiñándose a todo lo largo del río, que es llamado Wadá-el-Quebir». Después dice este que habla: «Y el perímetro de Kortoba, quiere decir, el cercado de murallas de ella, excepto los arrabales es de 33 mil codos; y el del al-kasardelemirato de ella, mil codos y cien codos. El número de arrabales de ella es 21, y en todo arrabal hay de mezquitas, çocos y baños, que no es necesario a la gente que lo habita ir a otros sino a los de él. Y en las afueras de Kortoba hay tres mil alquerías, todas con su mimbar y fakir».

Dice uno que escribió el Andaluç: «Habian llegado las mezquitas de Kortoba en tiempo de Abd-er-Rahman el Dájalu (Abd-er-Rahman I el advenedizo) a 490; luego se aumentó este número mucho como se dirá».

Y se dice de unos a otros: «Fué Kortoba capital del Andaluç metropolis de sus ciudades, y residencia del imperio. Y es el número de sus almenas cuatro mil y trescientas; el número de moradas en el Al-kasar-el-Quebir cuatrocientas casas y tantas y treinta; y es el número de casas para los súbditos y la plebe, a cuya gente es obligatoria la guardia nocturna en el muro, cien mil casas y trece mil casas, exeptuando, las de los Wazires, y mas grandes de la gente rica y principal». Y estima uno de los escritores que este número era en los tiempos de los almoravides y alnohades.

Otro dice: «Y eran los palacios de los magnates de la dinastía reinante por entonces seis mil edificios y trescientos edificios; el número de arrabales de ella 28 y según otros 21 y la cantidad de mezquitas era tres mil y ochocientas y siete y treinta mezquitas el número de baños publicos para la gente 700 baños aunque otros dicen que 300 baños. Aben Hayyan dice que el número de mezquitas en la terminación del periodo de Aben Abi Amir era de mil seiscientas y 600 baños, y según varias crónicas antiguas había en Kortoba en los tiempos pasados tres mil y ochocientas y setenta y siete mezquitas de las cuales 18 en el arrabal de Xekunda, nove

cientos y trece baños, y ciento mil y trece mil casas para la plebe, de las que la mitad o mas de este numero eran para los concejeros de la dinastia y exclusivamente de ella».

LA AL-CHAMA DE CÓRDOBA

Y dice Aben Sàid tomándolo de Aben Baxcuwal: «Mide a lo largo la chàmà mayor de Kortóba, la cual es dentro de su Medinat, del mediodía hácia el Norte 330 codos; el patio descubierto della 80 codos; y excepto esto, lo cubierto de tejas, y a lo ancho del occidente hácia el oriente 250 codos. Y el número de las naves, que, ocupan el sitio mas importante de su parte septentrional, las cuales aumentó Al-Mansur ben Abí Amir después, son 19 naves y se llaman al-balatat (galerías cubiertas). Y el número de puertas grandes y pequeñas, 21 puertas; en el costado occidental 9 puertas, de ellas, una grande para las mugeres que dá entrada a sus mukásir (departamentos particulares reservados); en la parte oriental 9 puertas, de ellas, para entrada de los hombres 7 puertas; y en el lado septentrional 3 puertas, de ellas, para entrada de los hombres, dos puertas grandes, y una puerta para entrada de las mugeres a su mukásir. Y no hay para esta al-Chámâ, en la parte meridional, síno una sola puerta, a la entrada de la muksúrat, abierta en la Kiblah, que da paso al cobertizo abovedado que cruza la calle, el cual conduce hacia Kasar-el-Jaláfat, y por él es por donde sale el sultán del al-Kasar a la al-Chámâ, para asistir a las funciones del viernes, día de la reunión.

Y todas estas puertas están cubiertas de cobre amarillo labrado con el artificio más peregrino.

Y el número de columnas de esta Mezquita al-Chámâ, las que sostienen su techo, y enlazan sus edificios, minar (lugares por donde entra la luz) y otras fabricaciones, entre grandes y chicas, mil cuatrocientas columnas y nueve columnas, de ellas, dentro de la muksúrat 119 columnas. Y mide el mihrab en longitud, de mediodía a norte, 8 codos y medio; de el oriente hacia el occidente 7 codos y medio; y de elevación su cúpula, 13 codos y medio. Y el mimbar hácia un lado, está compuesto de las maderas más preciosas, que son entre otras, abanúc (ébano) sandalu (sándalo), nabún (cerezo?), nakkam, (palo de brasil) y xauhatun, (de procedencia dudosa).

Y refirió: «Que el número de lámparas de la al-Chámâ, tan solo

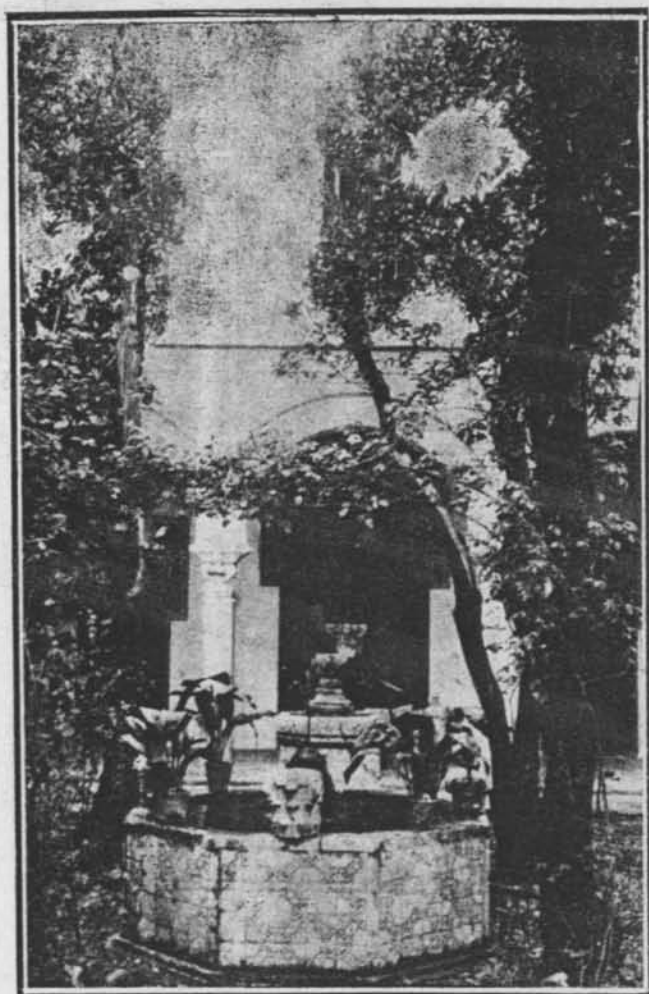
dentro de las al-balátat, exceptuando las que de ellas hay sobre las puertas, 224 lámparas, todas ellas de latón variado, labrado muy artificiosamente: de ellas, cuatro lámparas grandes, suspendidas en la nave cubierta de enmedio, mayor; la grande y más voluminosa pende en la kubbat mayor, ésta es, en la que se halla el Musáhif (la encuadernación de las tradiciones, el Koran) y en ella hay de lucernas, según opinan, mil y cuatro, y cincuenta».

Y dijo Abú Tammám Gálib ben Rabbáh al-Hachchám sobre las lámparas de la al-Chámâ:

«Mirándolas se parecen a lucernas en noche brillante. De vidrio las ves y ellas se iluminan.

«Son ellas lenguas de serpientes que se presentan a la vista al tiempo del mediodía y no cesan de agitarse».

Extractos de Al-Makkarí, publicados en la Crestomatia Árábigo-española de Lerchundi y Simonet, pág. 39.



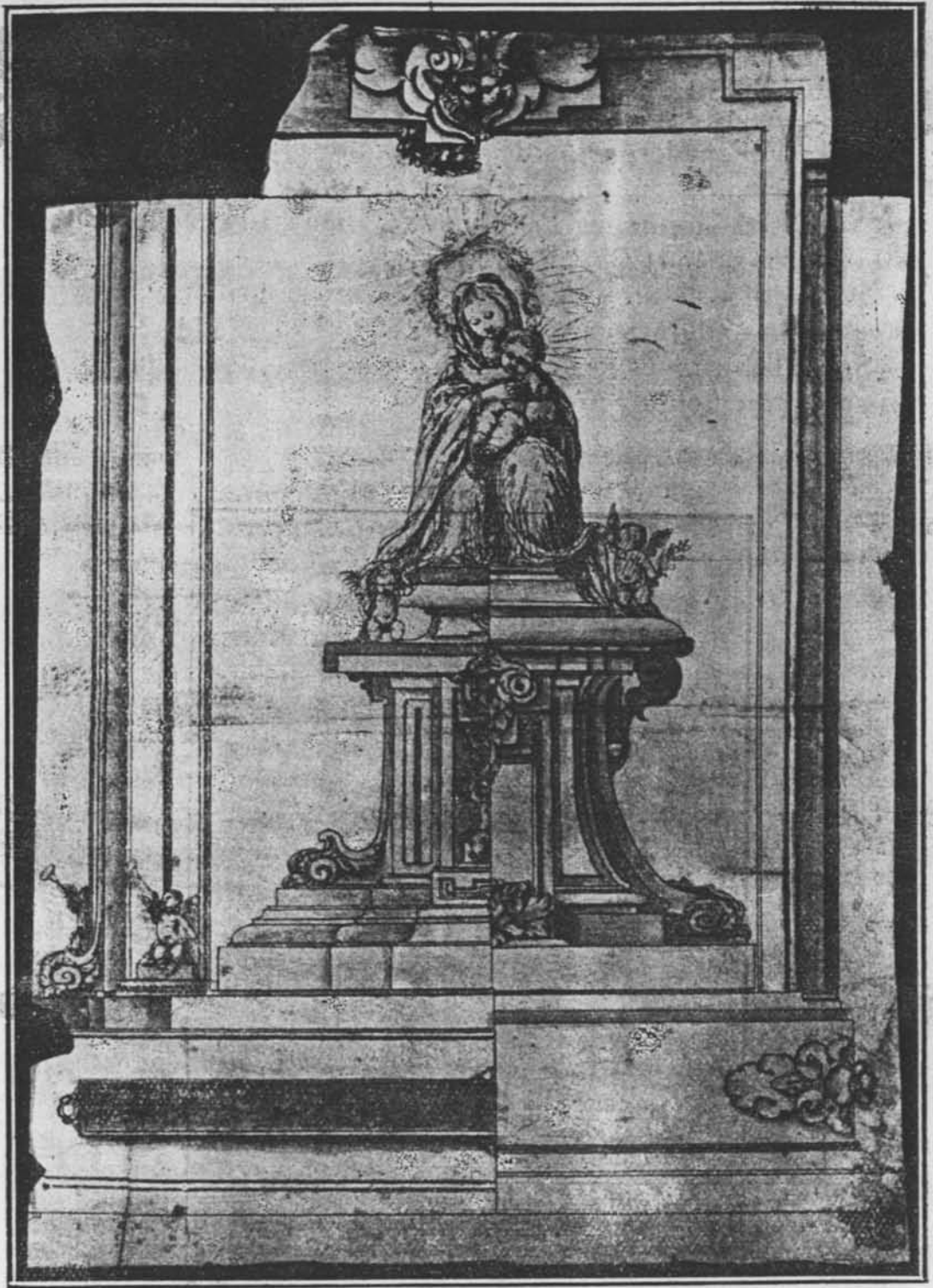
Ministerio de Educación Nacional

SUBSECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

DELEGACIÓN PROVINCIAL DE

CÓRDOBA

VISADO



ARTICULOS REPRODUCIDOS

La Real Academia de Córdoba fué patrocinada por Ali Bey

Se fundó bajo el dominio francés por el canónigo afrancesado Arjona

EN LA CORPORACION INGRESAN TAMBIEN MUJERES

Las tropas francesas habían conquistado Córdoba. El intruso José Bonaparte hizo los nombramientos de nuevas autoridades locales. Y la vida transcurría en la zozobra de una conspiración constante contra el invasor y las noticias de una guerra sin cuartel contra las fuerzas imperiales francesas. Es bien cierto que si pocos fueron los afrancesados que sirvieron a Napoleón, hubo personalidades de prestigio que colaboraron con él. Se implantó la Constitución de Bayona con toda la secuela de los principios revolucionarios. Pero ésta no podía ser mantenida sino con la punta de las bayonetas de Francia. Como lo fuera el mismo Rey impuesto por el corso, al que cobardemente cedieron sus derechos el rey don Carlos IV y el deseado Fernando VII, su hijo. La guerra asolaba España de punta a punta desde 1808 que estalló en Madrid. La Junta de Defensa Nacional, en Sevilla, y más tarde en Cádiz, convocaba Cortes en la isla de León. Calvo de Rojas y Jovellanos polarizaron la opinión liberal y la tradicional española en el campo de los independientes. Entre los afrancesados, Urquijo, Cabarrús, Moratín, Menéndez Valdés, Llorente, Reinoso, Martínez de Villela, Novella, Arribas y Hermosilla, Angulo, Andurriaga, Arjona. Pero indudablemente las realizaciones de aquellas Corporaciones que tuvieran el germen de la revolución y del enciclopedismo ilustrado superaron los escollos espinosos de una situación extremadamente difícil. Así Córdoba, con la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, que se fundara en 1800 por la Real Sociedad Patriótica de Amigos del País, producto representativo del Enciclopedismo.

En Córdoba, tras la ocupación francesa, se llevó a efecto la expropiación de las obras de arte y la expurgación de las bibliotecas. Todo el tesoro de España marchó rumbo a París. Y en aquel ambiente de saqueos y robos a nuestro tesoro artístico, surgió la iniciativa de



canónigo don Manuel María de Arjona, ferviente colaboracionista, afrancesado y masón. Conviene recordar el juicio de Fernández Almagro al historiar este periodo español: «El espíritu de la Enciclopedia ilustrada se iba infiltrando en España, en los salones aristocráticos, en las universidades, en las mismas sacristías y celdas conventuales, pues el clero había absorbido en gran parte las esencias de la cultura francesa...» Así fué Arjona, notable poeta que posteriormente fué perseguido por afrancesado y acusado de masón, aunque este extremo no se pudo demostrar, dada su condición eclesiástica que en tal punto sirvióle de garantía.

Pepe Botella, remoquete con que la España popular designaba a José Bonaparte, nombró nuevo prefecto de Córdoba Fué don Domingo Badía y Leblich. Nada pudo hacer éste para evitar el desconcierto. La buena voluntad del famoso viajero que tanto bien se propuso hacer a España, fracasó ante la política catastrófica de los franceses, la invasión y la virilidad de España. Badía, Alí Bey, en Marruecos, sirvió a España con fervor antes de la hecatombe. Relacionado con el válido Godoy, proyectó una revuelta entre los moros para favorecer la posición española en Africa. Y lo tuvo plenamente conseguido. El Abbasí Alí Bey, en España, Domingo Badía, levantó el norte africano para nuestros intereses. Y cuando de nuevo estableció relaciones con el Gobierno español que regía nuestros destinos, hubo de abandonar, triste, su empresa, porque coincidía exactamente con la reunión de Bayona, donde Carlos IV dejó de ser el Monarca español y su hijo don Fernando, el Príncipe de Asturias, cedía todos sus derechos a la Casa Bonaparte para gobernar a España, a cambio de un problemático reinado en tierras no españolas. Allí fué Alí Bey. Y el rey don Carlos le aconsejó pasar al servicio de los franceses para ayudar a España. Domingo Badía fué nombrado Prefecto de Córdoba. Y él autorizó los Estatutos de la nueva Corporación cordobesa. Sólo dos veces estuvo en Córdoba el Abbasí durante su vida y profesaba un amor a la ciudad, precisamente por lo que de enamorado del mundo musulmán había en su alma. Hubo de morir, después, entre los espiritualmente suyos, en Damasco, envenenado por un judío. Y en Córdoba encontró al canónigo sevillano Arjona. Y la Academia nació por una iniciativa feliz de la Real Sociedad Patriótica de Amigos del País. Hasta el año 1915, la Corporación cordobesa no alcanzó el título de Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.

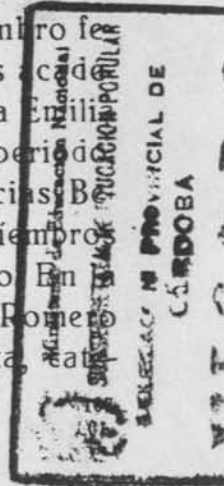
Tras los avatares de cada época, la Academia de Córdoba no ha

cesado de laborar desde su fundación. El periodo de su creación no fué feliz, porque cualquier institución fundada por los franceses no encontró luego el calor popular de los independientes. Pero logró superar una difícil situación. Porque también es cierto que el liberalismo revolucionario había calado al fondo de la intelectualidad española. Han pertenecido a la Corporación los más notables ingenios, cordobeses contemporáneos en las letras, ciencias, política o arte. Y la lista que refleja el transcurso de los años por sus medallas y sus sillones es explícita. Para no abarcar a viejos tiempos, citaremos tan sólo nombres que en los oídos no tendrán eco de excesiva antigüedad. El Duque de Rivas, don Juan Valera y más tarde, Sánchez Guerra, don Angel Avilés, don Angel Barcia...

No es posible recoger en un breve sumario el amplio campo de actividad de la Academia. La propia denominación indica ya el radio de sus funciones. Los temas principales de su labor son los literarios, poéticos e históricos, sin que esto sea óbice para abandonar las otras ramas de su actividad. Don Francisco de Borja Pavón escribió sobre locomoción aérea, en el siglo pasado, con sugestiva evidencia; Amor y Mayor cultivó la Botánica, exponiendo en el Pleno de la Corporación interesantes investigaciones y estudios; Sandoval ofreció a la Academia la alegría de ser designado miembro de la Real de la Lengua, al ser director de la Real cordobesa.

En nuestros tiempos ha organizado actos resonantes en el mundo cultural de las letras, las ciencias y las artes. Así celebró el III Centenario de Góngora, el poeta culterano cordobés; el Octavo Centenario del judío Maimónides; el Milenario del Califato de Córdoba, y otros indiscutiblemente de interés magnífico. Inició excavaciones que dieron por fruto hallazgos de gran valor prehistórico, como el «homo fossilis o neandertaloide» cordobés, y otros de no menor mérito prehistórico e histórico.

Acaso la Corporación cordobesa se adelantara a las restantes españolas al conceder el título de correspondiente a un miembro femenino, la condesa de Pardo Bazán, cuando en los ambientes académicos de Madrid se discutía sobre la posibilidad de que doña Emilia ingresara o no en la Real Academia Española. Desde aquel período, fácilmente localizado en el tiempo, la Real Academia de Ciencias, Letras y Nobles Artes de Córdoba, ha contado con miembros femeninos entre sus numerarios. Así, la Marquesa del Mérito. En actualidad figuran en el Pleno de la Corporación Angelita Romero de Torres, hermana del gran pintor cordobés; Luisa Revueita,



drático de Literatura en el Instituto de Enseñanza Media de Córdoba, y María Luisa García Moreno, profesora del Conservatorio de Música de Córdoba.

No bastan los nombres ni el número de los miembros. No es necesario tampoco fijar la atención en este extremo. Las realizaciones superan toda posible crítica. Editó diversas publicaciones, exaltadoras de los ingenios cordobeses. Versos de Góngora, palabras de Séneca, Bibliófilos musulmanes, y publica al propio tiempo un boletín trimestral desde el año 1924. Amén de los ciclos continuados de conferencias y cursos de estudio, promueve juegos florales, etc.

Indudablemente si cada Corporación provincial representa un núcleo importante de inquietudes artísticas, de afanes de investigación histórica, de estudios y realizaciones científicas, Córdoba, cuna de la cultura hispana en el periodo de la invasión árabe, mereció el galardón de esta Academia que con aquel espíritu de servicio a España aprobará don Domingo Badía y Leblich, Alí Bey el Abbasi.

El arabismo de Córdoba en los cuadros del pintor Julio Romero de Torres

Traducción del texto de la conferencia dada en árabe, por Rodolfo Gil Benumeya, en la Emisora de Radio Nacional de España, en Madrid, con destino a los radioyentes de Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto, Líbano, Siria, Palestina y el Iraq, en Junio de 1945.

La ciudad de Córdoba, que fué la capital del estado árabe en Al-Andalus y la sede del Jalifato musulmán en Occidente, sigue siendo hoy la ciudad más simbólica y representativa de Andalucía. Aunque son más grandes y están más pobladas Sevilla, Málaga y Granada. Córdoba conserva el puesto de capital espiritual andaluza, no sólo por que está en su centro geográfico y en relación con el campo, que es allí la riqueza, sino también porque como ha sido ciudad de grandes pensadores, conserva con más cuidado las tradiciones antiguas. Una de ellas es la árabe, y ella es tan fuerte que, cuando un sabio arabista de Madrid, el profesor González Palencia, llegó a Córdoba después de un viaje por Túnez, Egipto, Siria, etc., no vaciló en decir: «donde más en Oriente me he encontrado ha sido en Córdoba.»

De todo lo que es genuinamente cordobés se considera hoy como el más auténtico y puro definidor desde el punto de vista del arte al

pintor Julio Romero de Torres, que murió hace quince años, pero al que los cordobeses no olvidan nunca. El decía también, «Córdoba es lo más árabe del mundo», y aunque no se preocupó de expresar en sus cuadros ningún tema que recordase voluntariamente el arabismo, pues solo pintaba personas de tiempos modernos, el arabismo surgía sin saber por qué. Acaso porque está difuso en el aire local y en los tipos de las personas. Romero de Torres pintó la vida de su ciudad tal como es hoy. Pero al pintarla fielmente, evocó el Jalifato y el Oriente en las figuras de sus mujeres pensativas y morenas con grandes ojos negros; en los fondos de casas cerradas en calles estrechas; en el fatalismo del ambiente, en las minuciosas pinceladas como de miniatura.

Esas mujeres de miradas que se clavan, y ese colorido de tostados, y de oros sobre fondos de azules difusos, hasta el moderno arte de Mohamed Saïd (que, aunque con técnica muy distinta a la de Romero de Torres coincide con él en las mujeres silenciosas y los fondos melancólicos y azulados), hay un lazo entre el país del Nilo y el país del Guadalquivir. En los dos sitios se ha fundido la cultura greco-latina con la árabe y las otras semíticas para hacer una mezcla perfecta. Por eso no es extraño que las mujeres, llevando jarrones pintados por el gran artista cordobés, hagan pensar en las mujeres de la Biblia, en las beduínas de las «muallaqaat», en las princesas de la India, en toda la poesía del Este, que tuvo precisamente en Córdoba algunos de los más grandes poetas en lengua árabe.

También evocan la pompa del hierático arte alejandrino y el lujo de «Las Mil Noches y Una Noche», las sedas, terciopelos y damascos que el gran pintor cordobés ponía a veces en sus cuadros. Y las alhajas modestas o lujosas, pero bellas, que sus modelos lucían siempre que era posible, collares, pulseras, pendientes, sortijas, broches, etc. Además, los bordados en oro y en plata, las bandejas de los mismos metales preciosos, y la repetición del dorado en los marcos que él hacía colocar expresamente para entonar los cuadros. Luego venían los cobres rojizos de las jarras y ánforas, los oros pálidos de los braseros, los reflejos metálicos de las cerámicas. Todo un derroche de brillos que contrastan más sobre la sencillez sobria de las figuras humanas y la seriedad de los fondos.

En un sentido más profundamente andaluz reflejan estos cuadros el espíritu de la música llamada «cante jondo» y de la otra llamada «acat», ambas derivadas de la que hubo en Alandalus. El jondo conservado en el Sur es una música árabe melancólica y

INSTITUCIÓN DE ENSEÑANZA SECUNDARIA
 DELEGACIÓN PROVINCIAL DE
 CÓRDOBA

funda, muy semejante a la música de Egipto actual. En él ha encontrado el gran músico Manuel de Falla la presencia continua del alma del Oriente en el pueblo andaluz. Cantando el jondo, expresan en Córdoba, Sevilla, Granada y todas las tierras próximas, las alegrías y las penas, las dificultades de la vida y las pasiones. El cante es el alma de Andalucía, y al expresarlo el pintor Romero de Torres revela su secreto.

El cante con su ruido es un esfuerzo para aturdirse, pero debajo queda un silencio más escondido, que es la mayor verdad de lo cordobés y lo andaluz. En Córdoba nació hace veinte siglos el mayor filósofo de la antigüedad, que fué el sabio Séneca, hombre serio y fatalista, como si fuese un sabio del desierto. En la época musulmana fué Córdoba cuna de filósofos graves y de jueces severos. Y hoy conserva esa tendencia a la seriedad, pues la vida cordobesa es serenidad quieta, y tanto los dolores como las alegrías se expresan en silencio y resignadamente. Desde Séneca a Romero de Torres, Córdoba es fatalismo. «Estaba escrito» pudiera ser la mayor frase de lo cordobés de siempre. Y este «estaba escrito» es también la más pura esencia del Islam.

R. Gil Benumeya.

Nieve en Córdoba

En el A B C del día 13 leemos: «A las siete de la tarde ha comenzado a nevar copiosamente sobre esta población, cosa que no se registraba desde hace unos veinte años. Con tal motivo, las calles se vieron animadísimas de curiosos por presenciar un fenómeno atmosférico, para muchos, desconocido».

¿Es realmente tan raro el que nieve en Córdoba? Hay un viejo libro, joya peregrina de nuestra literatura, entre cuyos venerables folios se lee con gran deleite algo alusivo a esta pregunta y que yo, modesto anotador de mis lecturas, traslado a los asombrados cordobeses que estos días tan crudos se lanzan intrépidos por las calles de la antigua y famosa ciudad musulmana en busca de emociones desconocidas.

Cuenta el nieto de San Fernando, Señor de Salvatierra e Infante Don Juan Manuel, como «Fablaba un día el Conde Lucanor con Patronio su consejero...», y fablaba para pedirle consejo contra la ingratitud humana. El prestaba ayuda y regalaba mucho de lo suyo a

un hombre que se lo pedía rogádoselo y dávale a entender que se lo agradecía, pero luego que otra vez le pedía alguna cosa «Si lo non fago así como él quiere, luego se ensaña, y da a entender, que me lo non agradece y que ha olvidado todo lo que fiz por él».

Señor Conde Lucanor, dijo Patronio, a mi parece que vos contece con este hombre según conteció al Rey Ben Avit de Sevilla con la Reina Romaquia su mujer... amábala muy más que a cosa del mundo y ella era muy buena mujer, y los moros han della muy buenos ejemplos. Pero una manera había que non era muy buena, esto era, que a las vegadas tomában algunos antojos a su voluntad.

Y acaeció que un día estando en Córdoba en el mes de febrero, cayó una nieve, y cuando Romaquia esto vió, comenzó a llorar, y el Rey le preguntó por qué lloraba, y élla dijo, que porque nunca la dejaba estar en tierra que hubiese nieve. Y el Rey por le facer placer fizo poner almendrales por toda la sierra de Córdoba, porque pues Córdoba es tan caliente tierra y non nieva hi cada año y que en el mes de febrero pareciesen los almendrales floridos que semejaban nieve, por la facer perder el deseo de la nieve».

Parece ser que la tan amada Romaquia no curó del mal de sus antojos, pero aquí abandono yo las conclusiones y moraleja del bello apólogo al buen juicio de los cordobeses, y sólo me permito hacer constar en el testimonio del egregio cuentista moralizador, que por lo menos en el siglo XI y en la que fué llamada segunda Damasco era tan raro el «fenómeno atmosférico» a que aiude A B C, que para acallar los antojos de una Reina que suspiraba por la blancura de la nieve hubo que simularla por toda la extensión de la sierra con el madrugar de la hermosa flor del almedro.—Roque Pidal y Bernaldo de Quirós.

(A B C 14 enero 1945)

El poeta Don Luis Carrillo de Sotomayor ante la fugacidad del tiempo

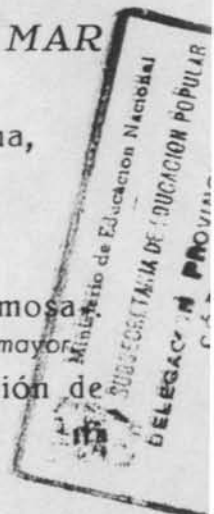
por FLORENTINA DEL MAR

DON LUIS CARRILLO DE SOTOMAYOR (1562-1610)

«Mi musa es verde rama,
cuya dulce armonía
libre del postrer día,
a lo eterno te llama,
y en sus labios, famosa,
eternamente vivirás hermosa»

Luis C. de Sotomayor

«...hay en su obra una pasión dulce, un anhelo, una vibración de



voz, que revelan con signos infalibles eso tan raro: un poeta auténtico. Y si la muerte no hubiera arrebatado su delicada finísima mocedad, hubiera sido uno de los mayores de nuestra lengua».

Así dice el poeta y admirable investigador de nuestras Letras Dámaso Alonso en su estudio del lírico cordobés don Luis Carrillo de Sotomayor, poeta marino, en cuya poesía «el mar y la ausencia están apareciendo constantemente».

Cuatralbo de las galeras españolas, frecuentó asiduamente los puertos de Cartagena y Santa María. En el puerto de Cartagena residió muchas veces, y ello «favorecería su trato con los literatos murcianos del círculo de Cascales». A Murcia pertenecía su sangre materna, de la ilustre familia de Fajardo.

Murió muy joven: veintisiete años. Y dos antes de morir ya no se ocupaba de Poesía, «todo ocupado en maciza virtud de santidad».

¿Cómo se apresura la Muerte a llevarse a los más destacados seres? Murió en el Puerto de Santa María en 1610, llenando el corazón de los suyos de intensa desolación, y al fin un día trasladaron el cuerpo a la patria natal, Córdoba. En la capilla de San Pablo, de la Catedral, le unieron a su padre y hermanos.

A don Luis Carrillo de Sotomayor se le reconoce dentro de la lírica sedosa del lírico Garcilaso de la Vega, y es indudable que en la del cultismo, cuyo astro es don Luis de Góngora, el otro cordobés inmortal.

Carrillo de Sotomayor acostumbraba mirar las mudanzas del tiempo en su relación con los campos. En él ya tiene asiento el paisaje. Se le ve erguido, mozo despierto y enamorado ante la Naturaleza. ¡Su eternidad es tan fugitiva! Los cambios advertidos son la expresión de una impresionante mudanza sempiterna:

CANCIONES

Huyen las nieves, viste yerba el prado,
 enriza su copete el olmo bello;
 humilla el verde cuello
 el río, de sus aguas olvidado;
 para sufrir la puente,
 murmura de sus ojos la corriente.
 Muda a veces la tierra, triste y cano
 mostró en blancura el rostro igual al cielo.
 Desechó ufana, el hielo;
 vistió el manto florido del verano;

mostrónos su alegría,
 en brazos de horas, el hermoso día.
 El que altivo luchaba con la tierra
 y, aunque fuerte, temía entre sus brazos,
 da apacibles abrazos
 al alto roble que templó la guerra;
 y, siendo tan violento,
 sólo es ladrón en flores, de su aliento.
 Muestra el fértil otoño, caluroso,
 el escondido rostro en fruto y flores,
 envidian sus colores
 en arco el iris, en su carro hermoso
 el dueño del Oriente:
 afronta el hielo la risueña fuente.

.....

La ya aludida presencia del mar en su obra, indica la raíz de su gravedad. Tierra y Mar, alternos, se comunicaban la diferencia de sus destinos. Mientras las múltiples floraciones hacían y deshacían las estaciones del tiempo, en el mar, tan bravo, la perennidad arrancaba palabras más graves también:

¿Con qué rostro temió la cana muerte?

.....

Antes —es en la hermosa Canción V— ha conjurado al mar para que se serene; y se ha dolido del paso sobre su gloria mágica:

¡Voy, cuánto fué cruel el que primero
 aró el campo salado!

.....

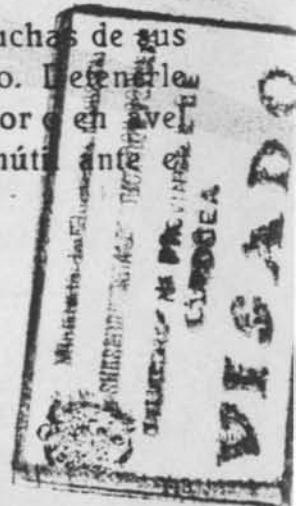
El poeta, que tiene una ternura adolescente, mira desde sus ojos llenos de amor la Creación.

Como un presentimiento de lo veloz de su vida, en muchas de sus composiciones se encuentra el afán por detener al tiempo. Detenerle como noche, como agua; ¡es tan breve cuando posa en flor o en ave!

La dolorosa sensibilidad del Poeta, aun sabiéndose inútil ante el paso del tiempo, quiere intentar su conjuro:

CANCION XIV

Noche triste y oscura, ciega noche,
 hermana del espanto,
 que negra escuchas del suspenso coche
 a mi dolor y llanto:



¿porqué robas al manto
azul su luz? Mas, ciega ya sus ojos,
porque lloraron viendo mis enojos.

¡Detén! Mas, necia yo, ¿por qué te ruego
que me escuches o pares?

¿Qué templo te crecí? ¿Qué sacro fuego
pació entre tus altares

porque en mi mal repares,
si a quien le dí el honor, el alma y vida,
me deja y burla, y quedo, en fin, perdida?

Detén, que aunque soy fuego y eres hielo,
noche negra, espantosa,
carrera hay larga de la tierra al cielo.

Ten, no estés temerosa
de mi llama furiosa,

que no es mucho se hiele en un instante
si en él se muda un hombre, que es constante.

Noche, cuando te viste más hermosa,
cuando te desvelabas

si por Juno celosa más celosa,
¡qué despierta que estabas!

Pero, aunque tantos contarán tus ojos,
mas jamás con tus ojos mis enojos.

Las cosas que reconocemos como serias embargaron profundamente su ánimo.

Pregúntase a menudo el Poeta por aquello que es la norma de su vida. Es un momento de corrección de marcha, de investigación noble. Entonces, en verdad, el tiempo permanece suspenso.

La mirada recorre las fuentes que manaron los estados del alma. Y un suave consuelo, la dulcísima brisa de la pausa orea sus sienas:

A LA ALTEZA DEL PENSAMIENTO Y SU CONSUELO

Pues servís a un perdido, y tan perdidos,
dejadme, pensamientos desdichados.

Basten los pasos por mí mal andados,
basten los pasos por mí mal perdidos.

¿Qué, osados, me queréis? ¿A dó, atrevidos,
montes altos ponéis de mis cuidados?

Mirad vuestros iguales fulminados,
mirad los robles, de su piel vestidos.

Dan vida a mi mediano pensamiento
el ver un pino y una fuente clara,
en esta soledad que el alma adora:
el árbol tiembla al proceloso viento,
corrida el agua, de humildad, no para;
que el alto teme y el humilde llora.

Pero esta pausa, el ala del reposo, acaba pronto. El poeta se sobresalta comprobando con amargura que se le escapa la vida, el tiempo. Si lo halló, conoció, ¿acaso no era para vérselo desgranar entre los finos dedos?

Cómo se ha medido el tiempo siempre?

A los hombres les asfixió la evidencia de su presencia fugacísima. Antes de traspasarse su vertiginosidad disponiendo de la medida supersensible de su ser, había una manera interesantísima de medirselo. En el siglo áureo de Grecia (nos cuenta el sabio Rey Pastor), que era el de Pericles y Aristófanes, el tiempo se medía por la sombra del cuerpo humano, y la unidad del tiempo era el pie de sombra.

En el tiempo alejandrino ya el tiempo acudía al reloj cóncavo de sol. Tres siglos antes de Jesucristo conocieron los romanos ese reloj de sol.

¡Confusión de la medida de las horas en plena Edad Media! Doce horas, las del día, se medían por el reloj citado. Y las otras doce las medían las estrellas y el reloj de agua. ¡Horas de sol y horas de estrellas!

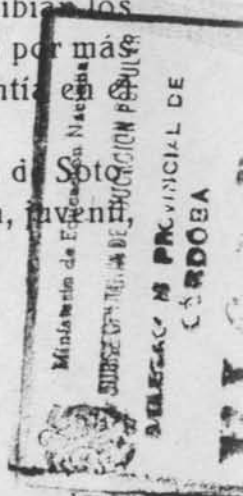
¿Era el mismo tiempo? No. Su valor estaba en distintas relaciones. Soamente lo uniformaba la llegada de los equinoccios.

¿Cómo marcarían su paso los poetas? ¡Ay! Tenemos el ejemplo presto, y es un tiempo sobremanera solemne el que percibían los atentos a su vuelo. Hasta en el Renacimiento, Galileo tenía lo por más seguro, pese a los relojes perfeccionados, cuando se lo sentía en el pulso propio: segundo a segundo entre los dedos.

El tiempo de cuya huida se lamentaba Don Luis Carrillo de Soto mayor, también se medía en su sangre. Una eternidad fresca, inventiva le llamaba:

A LA LIGEREZA Y PERDIDA DEL TIEMPO

¡Con qué ligeros pasos vas corriendo!
Oh, como te me ausentas, tiempo vano!
¡Ay de mi bien y de mi ser, tirano
cómo tu altivo brazo voy sintiendo!



Detenerte pensé, pasaste huyendo;
seguirte, y ausentástete liviano.
Gastéte a tí en buscarte, oh inhumano:
mientras más te busqué, te fui perdiendo.

Ya conozco tu furia, ya, humillado,
de tu guadaña pueblo los despojos,
¡oh amargo desengaño no admitidol

Ciego viví, y al fin desengañado.
Hecho Argos de mi mal con tristes ojos
huir te veo y veo te he perdido.

Se es y se acaba de ser! Qué enorme dolor para el alma del hombre, cuya mayor angustia es verlas dejar de ser!

Al ejemplo de las cosas que fueron y se acabaron, —que acusaban así el paso del tiempo—cantó el Poeta:

AL EJEMPLO DE LAS COSAS QUE FUERON Y SE ACABARON

El imperioso brazo y dueño airado,
el que Pegaso fué, sufre paciente;
tiembla a la voz medroso y obediente;
sayal le viste el cuello ya humillado.

El pecho anciano, de la edad arado,
que amenazó despreció al oro, siente,
humilde yá, que el cañamo le afrente,
humilde yá, le afrente el tosco arado.

Cuando ardiente pasaba la carrera
sólo su largo aliento le seguía;
yá el flaco brazo al suelo apenas clava.

¿A qué verdad temió su edad primera?
Llegó, pués, de su ser el postrer día,
que el cano tiempo en fin todo lo acaba.

No obstante, en lo secreto latía la sabiduría de una continuidad. Al llorar un «desengaño de la fiereza del amor» el marino enamorado afirmaba con dulce voz:

Mas sólo alienta, en mi tan honda herida,
el ver que el tiempo, si me da la muerte,
el mismo tiempo me ha de dar la vida.

¡Ahl Es que el «pasar» tiene la virtud de curar, de afianzar: de ahincar la momentaneidad de un algo, eternizándolo,

¿Duran los pensamientos? Han de perpetuarse, si, porque el Poeta

así lo quiere. La palabra eternidad adquiere un significado clamoroso: mayor que el bronce.

A LA DURACION DE UN PENSAMIENTO

No sólo envidia al suelo no envidiada
sólo tu altiva frente de una estrella,
era, ¡oh gallarda torre, cuando bella
temida, y cuan temida respetada!
Ya (¿qué no allana el tiempo?) derribada
creces llanto a Saguntó; niega vella
la hiedra, huésped que se abraza en ella,
o ella se esconde en ella de afrentada.
No le prestó su fé la fortaleza.
Mas ¿qué homenaje deja el tiempo duro
que en brazos de sus alas no dé al viento?
No hay bronce que a su fuerza esté seguro.
Tú, ¡tristel, eternidad, valor firmeza
buscas, no a bronce o torre, a un pensamiento.

¡La eternidad del sepulcro! Mirándolos, la paz del corazón recorre sus límites. Pero don Luis C. de Sotomayor no ve en ellos más que el lugar en donde se ha detenido el ser: su paso, para comenzar otro. La distancia que va del uno al otro exige respeto.

EN EL SEPULCRO DE UN VARON ILUSTRE

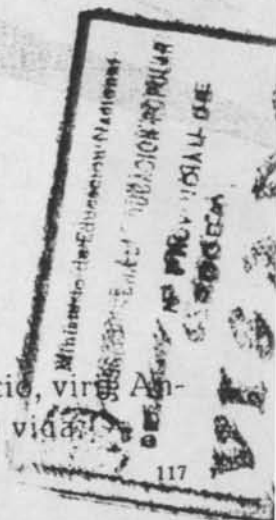
Blandamente en los mármoles reposa
quien ves ¡oh caminante!, adormecido,
no muerto, que la muerte no ha podido
en él, bien que soberbia y poderosa.

No pidas triste, no, con voz llorosa
poco peso a la tierra: la ha vestido
cual fuerte vencedor; cual de vencido
despojo, antes le es carga victoriosa.

Si llorares (su muerte no: que al cielo
vencedor vive) mil desdichas siente
en ésta en nombre suyo y de la tierra.

Haz compañía en esto, triste; al suelo.
Y luego de tus ojos la corriente
trueca en respeto al mármol que lo encierra.

También como en un poeta contemporáneo, el más recio, virrey Antonio Machado, los árboles expresan el sentimiento de la vida.



Estos dos sonetos tan bellos, tienen ecos del tiempo y de sus influjos:

A UN OLMO CONSOLANDO SU MAL

Enojo un tiempo fué tu cuello alzado,
a la patria del Euro proceloso:
era tu verde tronco y cuello hojoso,
dosel al ancho Betis, sombra al prado.

Ya que la edad te humilla, derribado,
gimes del tiempo agravios; ya lloroso,
tu ausencia llora el río caudaloso,
tu falta siente y llora el verde prado,

Envidia al alto cielo fué tu altura;
cual tú me abraza el suelo, derribado,
imagen tuya al fin, ¡oh tronco hermosol
Tu mal llora del Betis la agua pura;
y quien llore mi mal nunca se ha hallado:
¡que aun en esto me falta el ser dichosol

A UN CHOPO SEMEJANTE EN DESGRACIA A SU AMOR

Remataba en los cielos su belleza,
alivio, un alto chopo, a un verde prado,
amante de una vid y della amado
que amor halló aposento en su dureza.

Soberbia, exenta, altiva su cabeza
era lengua del céfiro enojado,
del verde campo rey, pues, coronado
daba leyes de amor en su corteza.

Robóle su corona airado el viento:
sintió tanto su mal, que fué tornada
en verde oscura su esperanza verde.

Yo, sin los lazos de mi Celia amada,
¿qué mucho a tal me traiga un pensamiento
si un árbol me dió Amor que me lo acuerde?

Lo que no acaba, lo que siendo del mundo es ya inmortal, dentro suyo es el sufrir—el sentir—de amor. El amor y su padecer que son perdurables.

El que los siente, como don Luis C. de Sotomayor, bien que conoce su perennidad candente.

A LAS PENAS DEL AMOR INMORTALES

Hambriento desear dulce apetito,
hambriento apetecer dulce deseo,
detened el rigor; ¡ay!, ya, pues veo
mi negro día en vuestro enojo escrito.

Mientras con más calor os solicito
vuestro ardiente querer, mi dulce empleo
por más que el bien a vuestro bien rodeo,
huye el remedio término infinito.

Sin duda moriré, pues que mis bienes
alimentan hambrientos a mis males
Tú, dulce apetecer, la culpa tienes.

Muriendo de sus penas desiguales,
pecho, será imposible te enajenes:
hijos del alma son, son inmortales.

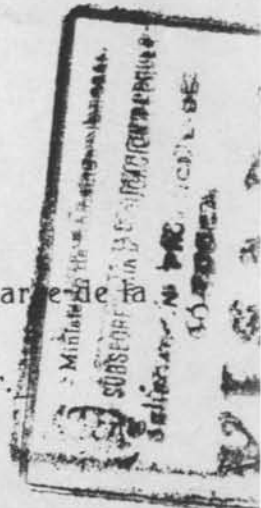
¡El amor! «Amor, en fin, es Dios; y el tiempo, humano». No es divina más que la inmortalidad: que el amor es inmortal. Pero la medida es humana, y sólo adquiere categoría de eterno por sí, no por nosotros; sino al revés: nosotros por él, por sentirlo.

A LAS PRISIONES DEL AMOR, IMPOSIBLES DE ROMPER

¿Vosotras sois? Segunda vez, dudoso,
tiemblo vuestro rigor y mi ventura:
apenas libre el pecho se asegura,
apenas libre Amor goza reposo.
Prisiones, ¿que os rompí? ¡Oh, yo, dichoso,
si en mi ventura cabe mi cordural
¡Gracias, oh santo tiempo, oh Dios! Procura
dicha, si puede ser, pecho animoso.
Esto libre canté cuando rompellas
el tiempo permitió, y Amor tirano
así me respondió, soberbio entre ellas:
«Huyes, ¡oh Fabiol, tu prisión en vano:
volverá Amor, que poderoso, a hacellas.
Que Amor, en fin, es Dios; y el tiempo humano.

Todo pasa, todo cambia. Nunca el que sabe sentir, calar e de la
emoción que nos enlaza a la llama inmarchitable.

Sí, se muda el tiempo; y se consume la firmeza del amor.



DE LA MUDANZA DEL TIEMPO
Y FIRMEZA DE SU AMOR

Aun no exceder su madre el cuello exento
miré de aqueste chopo levantado,
sin brazos le ví y sombra, aun no buscado
por ella al caminante o por aliento.

En su niñez le ví; ya el blando viento
resuena, entre sus galas abrazado:
galán está, mas, dellas despojado,
a Enero ha de sufrir rigor violento.

Más veces lo veré si el alma dura
al desusado ardor que ciñe el pecho,
pues su muerte su exceso le asegura.

Esto veré; mas en mi ardor deshecho,
ausente de mi pecho tu hermosura,
no: tal milagro en mí tu rostro ha hecho.

¡Qué fino, qué delicado y tierno poeta se llevó la muerte! Pero se nos quedó fijo y encendido, porque supo medirse dentro del corazón el acompasado fluir, el sereno o tumultuoso verter del tiempo, que en él actuaba en función clarísima de inmortalidad.

«La Estafeta Literaria».—Núm. 31.-Pág. 25.

